

ROGELIO PRETTO

‘Sí’, pero ‘No’ ahora

En los 35 años que han pasado desde que tengo edad para votar, nunca sentí con tanta profundidad el peso de la responsabilidad cívica de ejercer mi derecho al voto como cuando deposité mi papeleta en el plebiscito sobre las propuestas del tratado Torrijos-Carter. Yo voté “No” en aquel entonces.

Hoy, nuevamente, siento un profundo deber ciudadano de ponerme en el lado correcto del referéndum del 30 de agosto. Mi voto esta vez tendrá que ser otro “No”, aunque en principio favorezco el derecho de reelegir a un presidente a un segundo término inmediato. Pero creo en que el derecho debe darse no para estas elecciones, sino para las del 2004. Eso sería lo más correcto. Tal vez para entonces habremos superado las incertidumbres que hoy hacen que tantos panameños se cuestionen si las intenciones del gobierno actual son lo suficientemente honestas para permitirle la oportunidad de continuar en el poder y de que lo ejerzan en el 2000 cuando se nos haga entrega del Canal.

En el plebiscito de los tratados en octubre de 1977, recuerdo que muy dentro de mí, en lo muy hondo de mi sentir nacionalista, lo que emergía era la clara convicción de que mi voto no podía ser otra cosa que “No”. La decisión ameritó una meditación muy objetiva y concienzuda de mi parte, y tuve que equilibrar valores ideológicos para llegar a una decisión que fuese ecuaníme con mi sentido patriótico de lo correcto y lo incorrecto.

Por un lado, el “No” era ir contra una corriente interna fuerte en mí que reconocía que este podría ser un momento preciso para darle fin al enclave colonial norteamericano, y proclamarnos por primera vez en toda nuestra historia patria libres de verdad.

Libres, al fin, de las manipulaciones intervencionistas que nuestro contrato de independencia nos obligó a sufrir a manos de la superpotencia nortea. El tratado erradicaría el relieve más grande de la evidencia colonialista en nuestro terreno patrio. Con el “Sí” nos despojaríamos de la presencia demasiado cercana del Gobierno norteamericano que había entorpecido nuestro camino democrático con sus insensatas injerencias directas e indirectas en nuestros más delicados asuntos internos. Por este lado mis instintos nacionalistas aclamaban por el “Sí”.

Pero otros instintos de mayor profundidad patriótica presentaban razones mucho más firmes por qué votar “No”. Ante todo estaba la realidad panameña que estábamos viviendo en el momento del plebiscito. Todos los panameños, queriéndolo o no, existíamos bajo el claro poder autoritario de una dictadura que, por mejor intencionada que fuese en manos de Omar Torrijos según algunos, atropellaba a sus críticos a voluntad. Contrario a lo que argumentaban aquellos a favor de la tolerancia a la dictadura Torrijista, mis principios no me permitían disculpar los abusos obvios del poder totalitario solo



porque en el más amplio análisis de sus funciones supuestamente hacia más bien que mal.

Una dictadura era la negación de todos mis principios democráticos. Sentía gran vergüenza ante el mundo de que mi patria hubiera caído en manos de un sistema petulante cuya existencia se había dado solo porque algunos militares encontraron inconveniente el juego democrático y decidieron darle un golpe de gracia a punta de fusil.

Esta arrogante postura de los militares estaba matrimonada con los actos prepotentes de Estados Unidos sobre el Istmo. Motivados por la defensa de sus intereses geográficos, los norteamericanos habían llegado a moldear a un sector de panameños más particularistas que patrióticos en un culto oligárquico que respondía primordialmente a los caprichos imperialistas y económicos de la nación nortea y a sus propios intereses mercantiles.

Una vez asegurado su poder político sobre nuestro territorio, y ahora obsesionados con la amenaza comunista, los norteamericanos ayudaron a forjar otro nuevo culto dominante que rápidamente se propagó como la peor de las tendencias antidemocráticas en el país: la casta militar. Sin ser ya la dócil policía nacional

de antes, el servicio armado de la república era ya lo suficientemente sofisticado para derrocar o imponer gobiernos a la fuerza. Y eso es precisamente lo que hicieron Boris Martínez y Omar Torrijos el 11 de octubre de 1968; solo que esta vez mancharon nuestra perfecta historia democrática con la imposición de su primera dictadura auspiciada por la distorsionada política exterior del Gobierno de EU.

Esa determinación a manos del fusil de nuestro acontecer nacional nos atrasó en grande el avance hacia nuestro verdadero maduramiento democrático. Por lo tanto concluí que el votar “Sí” era validar al gobierno golpista como ilegítimo negociador de nuestro más importante destino nacionalista. En mi esquema de valores patrióticos, eso no podía ni debía darse, porque nada de lo que ese gobierno negociara tendría un fundamento moral, ni legalmente correcto, mucho menos cuando las voces de oposición al tratado habían sido forzosamente silenciadas. De eso hay grandes pruebas.

Sabemos por el testimonio de nuestra propia historia ya vivida el precio que tuvo el dejarnos llevar por el camino militarista para desenredar nuestros problemas patrios.

Pero no es solo el militar quien puede guiarnos por el mal sendero. Hoy día los poderes económicos internacionales y nacionales del mercado y de las finanzas y tesorías estatales amenazan a la justicia social y pulcritud democrática mucho más que la soberbia uniformada. Los miembros de esta casta económica también tienden a sentirse prepotentes y superiores a los reglamentos a que son sometidos el resto del pueblo. Negocian y transan con el bienestar nacional arreglos financieros que los enriquecen con fortunas que poco comparten con nadie más que sus falderos y allegados más cercanos. Ese es el culto a que pertenece, me dicen todos mis instintos, el oficialismo actual.

Durante los años que fui empresario conocí bien a este gremio de privilegios, y durante toda mi carrera de artista los he estudiado con mucho detenimiento. Llenos de bonitas palabras nos echan el cuento de lo bien que están cuidando nuestros intereses nacionales cuando los hechos muestran lo contrario. Los hechos no mienten y claramente demuestran que la situación del trabajador y de los más necesitados en el país no mejora en lo absoluto a pesar de las obras públicas multimillonarias que se gestionan, los arreglos económicos internacionales a que nos comprometen, y los planteamientos de beneficio social que promueven y poco cumplen. Los hechos también revelan cómo los tantos proyectos que arrojan grandes beneficios de contratos y comisiones a los individuos que los negocian, conducen al despojo de recursos nacionales y otros patrimonios ecológicos.

En medio de todo vemos al clan oficialista emprender viajes costosos por todo el mundo y hacer alarde de su creciente enriquecimiento. Es obvio que estos necesiten de la reelección inmediata para terminar la labor de su avaro y torcido sentido patriótico. Este nuevo culto empresarial es peor que el de los militares, porque se escuda detrás de las falda de una democracia que muestra cada vez más señas de haber sido vendida a los intereses económicos multinacionales. La versión doméstica de ese poder usurpador son las fuerzas comerciales internas egoístas en nuestro país que ven el ejercicio del oficio del gobierno como una gran oportunidad para llenarse aún más los bolsillos.

Yo no estoy en contra de la reelección inmediata de los buenos gobiernos, pero, basado en el comportamiento que nos ha mostrado este, me cuesta creer que su interés por instituir la reelección tenga en cuenta realmente los mejores intereses de la nación. Por mis dudas votaré “No” a que se instituya la reelección inmediata en estas elecciones, pero “Sí” debe adoptarse para las del 2004. Si estoy equivocado en juzgar tan severamente a nuestro gobierno actual, seré el primero en corregir mi error. Al menos veremos qué opina el pueblo panameño cuando se den los resultados de las próximas elecciones. Lo que hay que asegurar es que sean limpias, como espero que sea el referéndum.■

(El autor es artista)

HARRY CASTRO STANZIOLA

Glosas y literatura

Si que tan siquiera se nos pase por la mente tratar de denigrar a la ciudad en la cual pasamos los hasta ahora mejores momentos de nuestra vida, cuando allí esos momentos existían, no por eso deja de ser cierto también que en Colón era infrecuente que existieran muchos jóvenes en edad de adolescencia, con preocupaciones e intereses en asuntos literarios.

Algo que en aquella comunidad nunca fue muy propicio, sin embargo hubo excepciones, lo cual es digno de admirar, cuando se piensa que tan sólo las influencias fenicias, las de otras tierras orientales o de otras etnias allá muy comunes, son las que han predominado por medio del comercio, zonas libres y otros tipos de zocos y mercados, en donde tan solo el tilín tilín de las monedas eran y son capaces de arrancar aplausos, reconocimientos y gratitudes.

Enrique Jaramillo Levi es el nombre que lleva uno de esos escasos muchachos, que prefería soñar en que la poesía y las palabras bien usadas traen más satisfacciones y alegrías que el recambio de mercancías por papeles o monedas. Y allá iba, en las no-

ches a nuestra casa, con sus catorce o quince años, a preguntarnos por ejemplo, qué era la catalepsia, estado de la conciencia que le preocupaba, y creemos no estar equivocados al afirmar, que de todas las respuestas sobre ello halladas, extrajo el primer cuento que logró escribir.

Después, a punta de méritos propios y sin más influencia que su terquedad, se ganó una beca para irse a Iowa para iniciarse en los estudios de creación literaria y letras hispano americanas. Y luego batalló aun más y obtuvo otra oportunidad, ahora en México, con el fin de asistir al taller Juan Rulfo a continuar su estructuración en lo que sus anhelos le inspiraban.

Y comenzó a escribir poesías y cuentos. Y hace su aparición **Duplicaciones**, que gústeles o no les guste a los críticos, que nunca faltan, lleva ya tres ediciones, entre el país azteca y España, amén de otra en EU.

Desde entonces, su producción literaria ha sido considerada por el medio al cual va dirigida un poco exagerada. Entre nosotros no se reconoce el hablar o el escribir copiosamente, y todo tiene que ser breve y bien pilado.

Eso, sin contar que el reconocer méritos ajenos no es algo que nos agrade demasiado.

A todo eso se añade el afán de Jaramillo Levi de hacerse un lugar, que el piensa que le corresponde, y que es allí en donde va a encontrar gruesas y altas murallas en donde se encierran los que desde su posición no permiten ser arrojados.

Eso sin contar que a veces la envidia, ese pecado barato y de color amarillo, es casi que omnipresente en nuestro medio. Pero sigue insistiendo, Enrique, sin mostrar mucho tus anhelos.

Nuestra Universidad Tecnológica, que según algunos pareceres solamente debería ser casa de números, técnicas y abstractos procederes, en buena hora ha considerado no olvidarse de que para todas las actividades humanas, el humanismo no es cosa perdida.

Y allí encontramos pues a nuestro personaje de hoy, restándole tiempo y sitio a las estructuras metálicas para organizar concursos literarios y seguir pensando en la revista **Maga**, que pronto llegará a su edición trigésima quinta y organizar cenáculos literarios.

Y ya que nos hemos embutido hoy en temas que tocan a la literatura y a la lectura en general, felicitemos a las directivas y al personal que laboran en nuestra Biblioteca Nacional propiamente dicha, así como en la Fundación que allí se asienta, por el programa que desarrollaron con motivo del quincuagésimo sexto aniversario de su fundación allá en San Felipe, desde donde pasaron al frente del actual Palacio Legislativo.

Hoy, y por fin, la Biblioteca tiene el sitio físico que se merece y lucha con empeño en obtener el que por razón de lo que significa ha de ocupar también. El programa que se cumplió durante la semana pasada contó con una asistencia no sólo abundante sino escogida, ya que los actos programados eran sumamente atractivos.

Que la Fundación y la Directiva de la institución logren trabajar en forma más unida es lo que todos los que amamos el lugar, soñamos y ambicionamos. Amén y que así sea.

Y pasando a otro tema, de Armando Reclus, ¿quién no ha leído, pero casi siempre por retazos, los relatos que con motivo de sus exploraciones a nuestro Darién y a las ciudades terminales de Panamá y de Colón

efectuó durante los años de 1876, 1877 y 1878, con el fin de observar sobre el terreno las posibilidades existentes para proceder a la construcción por parte de los franceses de un canal transistmico?

Pero Reclus no se contentó con eso. Su espíritu de observación también lo usó para dejarnos múltiples e interesantes descripciones. Todo ello acompañado por los trabajos de variados ilustradores, que con su dibujos, dan más valor y hermosura al trabajo.

Ahora y adecuadamente presentado, el Fondo de Promoción Cultural Shell, actuando como editor Vicente Stamato, como traductor José Manuel Mora e impreso por Pan Americana de Formas e Impresos, ha publicado un libro que la gentileza de Don Arturo Ponciano, gerente general de la compañía Shell, amablemente nos lo ha hecho llegar para que con él nos deleitemos.

Muchas gracias y nuestro mejores deseos por que el programa de publicaciones que se han trazado siga cumpliéndose para bien de los que anhelamos nuevos e interesantes temas relacionados con todo lo que en el pasado ha sucedido sobre nuestra tierra y que constituye un verdadero tesoro.■

(El autor es médico)

